

irrigación; un cúmulo perdurable de noticias é ideas mantenido por los mayorazgos de la tradición intelectual, prosperó dicho movimiento, á cuyo calor encontraron alfabeto, prensa, brújula, pólvora y aun telescopio; pero como decidieran, en la perversión del sentido común, guardarlo todo para sí tras el circuito de su formidable muralla, no han pasado todavía de la infancia cuando son ya presa de una vejez deshonrosa y decrepita: que resultan grandezas estériles todas cuantas son inútiles á la Humanidad y á sus progresos. Por el descubrimiento aun pasan los americanos; pero no pasan por la conquista. Mas yo les pregunto: ¿qué remedio nos queda, si de tal modo nos hizo la Naturaleza? Renegar de los conquistadores porque guerrearon, equivaldría, en último término, á renegar de toda la estirpe humana y de toda la progenie nuestra, porque comenzó en el hombre prehistórico, forzado por el medio ambiente suyo y por las imposiciones del fatalismo universal á una perpetua matanza. Somos hijos del sacrificador que inmolaba los prisioneros de guerra; hijos del canibal que se nutría de carne humana; hijos del inquisidor que aventaba las cenizas de los herejes á los cuatro puntos del aire; pues en cada húngaro hay por siempre un Atila, en cada germano un Genserico, en cada noruego y demás escandinavos, hoy tan buenos, un pirata oceánico, en cada francés un celta inmolador de víctimas humanas, en cada inglés culto y libre un Picto bárbaro, y en todos los hombres una triste ascendencia sujeta por su mal á cien fatalidades inevitables, de cuyo imperio no podían eximirse por ningún excepcional buleto los descubridores y los conquistadores de América. Cuando yo leo las indignaciones de los enciclopedistas del siglo pasado contra las crueldades hispanas en el Nuevo Mundo, no puedo menos que recordar las crueldades apercebidas y preparadas por ellos sin quererlo y sin saberlo en las enormes cristalizaciones de sus ideas á que llamamos revolución francesa. Los cultísimos discípulos de la enciclopedia se portaron como caníbales. Ensangrentáronse Ródano y Sena con la sangre que destilaba la

guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon. Los innovadores, no obstante haber escrito el humano derecho en la conciencia de nuestra humanidad emancipada, renovaron los degüellos de San Bartolomé tras tantas revelaciones nuevas de la ciencia y tras tanta progresión increíble de la idea. Pero, sin obscurecer nuestra conciencia en complicidad ninguna con el terror, maldiciéndolo y abominándolo, seríamos indignos de pertenecer al género humano, si no proclamásemos tres veces santa la revolución francesa, Génesis del espíritu moderno, y no declaráramos que ha roto las cadenas de todos los esclavos y las argollas de todos los tormentos, desarraigando las raíces del despotismo y reconociendo en el género humano su natural prístina libertad. Pues lo mismo digo del descubrimiento de América, lo mismo. En otro planeta, con otra humanidad, bajo leyes diversas de las leyes vigentes sobre nuestra especie, acaso hubiérase realizado la indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el viejo á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación. Querer el descubrimiento de América sin guerra, la guerra sin conquista, la conquista sin violencia, la violencia sin estrago, el estrago sin ruina y desolaciones, equivale á querer el parto sin dolor y la vida sin muerte. Quien haya guerreado con medios distintos que los esgrimidos por España, puede tirar á España la primera piedra. Cualquiera guerra civil entre pueblos hermanos renueva los horrores de una conquista entre pueblos extranjeros mutuamente unos á otros.

La identidad completa del género humano se conoce, no sólo en las comunes grandezas, en las desgracias también comunes. Nada prueba que los pueblos no pueden echarse, históricamente considerados, cosa ninguna en rostro, cual esas idénticas miserias de que, sin excepción, por sus comienzos adolecen. Así como en la célula todo está confundido, en fetos tales de sociedad, como las tribus primitivas de cualquier continente, la semejanza es mucho mayor que entre las sociedades creadas y

maduras. Leyendo yo al escritor Acosta en su libro del origen de los indios, no pude menos que decir y exclamar: ¡*Sancta simplicitas!* Trata de probar Acosta cómo los indios provienen de los mismos españoles que los conquistaron, y á este fin recoge cuantos rasgos encuentra en las historias sobre las familias hispanas primitivas, y se los aplica sin empacho, ni escrúpulo, ni meditación, á los indios, por haber topado con iguales rasgos en los primitivos historiadores de Indias, no cayendo en la cuenta de cómo han empezado todos por salvajes y de cómo todos los salvajes se asemejan. Así dice como fueran los españoles de costumbres feroces, y usaran groseros mantenimientos, y pecasen de idólatras, y consultaran agüeros, y permutasen las cosas unas con otras sin tener idea del dinero, y se deleitaran en llevar los cabellos largos, y no conociesen la política y menos la crianza, é hicieran sacrificios hasta de hombres; con todo lo cual demostraban, en sentir suyo, haber generado á los indios, de quienes cuenta la tradición cosas idénticas á las que cuentan de los iberos Plutarco, Estrabón, Tito Livio, y casi todos los historiadores antiguos en sus viejas narraciones clásicas. Las luces traídas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas, mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán míserimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desparramó de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se topa con huellas de tristísimos estados humanos, confinantes casi con la vida material de los animales y ejemplos de una especie sumida por las entrañas del planeta é identificada con la Naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario, no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos vivir en hogueras voraces

ó en océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramíneas apercibirse á transmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raíces; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á estas grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes agujones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y aromosos. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido, bajaban á bandadas los cóndores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo así la putrefacción universal. Y poco á poco modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca, y puso en precipitada fuga los animales carniceros que nos combatían y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento necesarios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual

adora el egipcio al perro bajo la forma de sus dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia, creando el humano cerebro. La tradición religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Eufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio más apropiado á nuestra primitiva desnudez y á nuestra connatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre oscuros misterios, cual en torno de los astros espesísimas sombras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la Religión, para cohonestar el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima, en lo cual nos parecemos todos al comienzo de la vida humana, todos, asiáticos, europeos, africanos, indios orientales y occidentales, todos sin excepción.

¿Qué mengua puede sufrir el cuerpo en haber pasado por las viscosidades primitivas de la célula; ni qué mengua el alma en haber pasado por los balbuceos indecisos de la infancia? Pues lo mismo les acaece á las sociedades humanas. Ninguna de las llegadas á un superior estado de civilización y de cultura debe avergonzarse de haber pasado un día por las primeras tribus donde latan los gérmenes de otra superior vida social. El griego, ascendido por esfuerzos de genio hasta producir lo perfecto, la Minerva de Fidias en escultura, el Timeo de Platón en filosofía,

el Edipo de Sófocles en tragedias, estuvo sujeto al matriarcado como los indios, y pasó por los sacrificios humanos sobre los dólmenes sangrientos como cualquier azteca. Bien ha podido atravesar la tierra generadora de Franklin y de Bello por donde atravesara la tierra generadora de Aristóteles y de Píndaro. Ahora, tenga los fundamentos que quiera la tesis de los americanos sobre una posesión de cultura prehispana superior á la difundida por nosotros allí, basta convertir la vista del espíritu á su continente patrio en la edad nada remota de su invención, y comparar esta edad con la corriente del cuarto Centenario de esta invención misma, para persuadirse al juicio nuestro, al juicio de haber conseguido América la suma civilización moderna, obra de tantos siglos y esfuerzos en el Viejo Mundo, á costa de un tiempo muy corto y de sacrificios comunes á la irremediable contingencia de la misérrima humana especie. Casualmente la revelación primera del mundo americano al mundo europeo tiene un historiador incomparable, tiene á Colón; y un documento de valor indecible, el diario, aunque mutilado, interesantísimo, del inmortal descubridor. Por tales testigos de mayor excepción se advierte que la vida social estaba en rudimentarios comienzos, compensados con tal dulzura de costumbres y tal ingenuidad de sentimientos y candor tan puro y tan grande inocencia, que recuerda todo cuanto ha cantado la poesía sobre los goces de la bienaventuranza en los Campos Elíseos ó sobre la felicidad y ventura de nuestros padres en el Paraíso terrenal. Lo dicho por la utopía respecto de un estado de naturaleza en el hombre, anterior y superior al estado de civilización, se descubre allí en las líneas escritas por el piloto desde su cámara ó al pie de su bitácora, mientras las islas van surgiendo sobre los mares vírgenes y bajo los cielos espléndidos como nereidas ceñidas con coronas de palmas. ¡Cuán dóciles y buenos los indios del islote primeramente descubierto y abordado por Colón, los indios de Guanahaní! Iban desnudos como Adán y Eva sin pecado; y no sentían el rubor en la mejilla, porque tampoco sen-

tían el remordimiento en la conciencia. Brindaban á sus huéspedes con todo cuanto tenían, dándolo de grado. Poníanse los gorros colorados y las zarandajas muy sonantes de la civilización y cultura nuestra con extrañezas y algazaras de monos agasajados. Pintadas las carnes con multicolores zumos, ignorantes de las armas nuestras hasta tomar los sables por el filo, sin hierro de clase ninguna, y sin gobierno y sin comercio, desprovistos por completo de la imperiosa necesidad del trabajo, bien hallados con el alimento que les ofrecían las pródigas ramas de sus fructíferos árboles, parecen anticipaciones del hombre natural soñado por el revolucionario Rousseau, antes de firmar los contratos que han de sujetarlo á la sociedad y poetizado en las obras de los dos escritores que han encarecido con mayor elocuencia la vida virgen del Nuevo Mundo, en las obras de Chateaubriand y de Saint-Pierre. Parecen, balanceándose á una sobre sus canoas, con los papagayos en el puño y el asombro en las miradas, unas especies mitológicas de aquellas que indicaban instintivamente los parentescos de la especie humana con las especies inferiores y las raíces que tiene fruto como el humano cerebro en los demás organismos. Cual si fueran unos anfibios, con igual facilidad corrían por sus selvas que nadaban hasta largas distancias por sus mares. Así Colón perdió uno de los indios aprehendidos en la isla del Salvador, el cual creyó posible, arrojándose al agua, volver á su partida desde la isla de Santa María. Y en sus creencias y en sus fantasías y en sus afectos de pueblos niños tomaban á los españoles por dioses y les ofrecían acatamiento como á los ídolos, con brazos y ojos convertidos al cielo. Tendría que ver el primero á quien Colón vistió, para enseñanza y captación de los demás, bonete colorado á la frente, cuentecillas de vidrio verde al brazo, cascabeles á las orejas, todo lo cual no valía cuatro maravedís. Y el ornado tan pajarescamente, apreciaba todas aquellas bujerías cual si fuesen verdaderos tesoros. Y cuando pasó de la Santa María, en 16 de Octubre, á la Fernandina, encontró indios más domésticos y los llamó á sí, por más duchos

en el ajuste y en el regateo de cosillas baladíes, que llevaban unas veces á nado y otras veces en almadías. Por la isla de Samoet ya encontró casas como alfanegues ó tiendas de campaña, por cuya configuración debemos llamarlas chozas, muy barridas y limpias, pero á sus habitantes considerólos como de igual condición y naturaleza que á los anteriores. Aquí vió hamacas para dormir, y halló que «las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años». Y puso á la isla donde tales cosas vió, Isabela, en recuerdo y remembranza de la reina Isabel. Y así, de isla en isla, encontrando la misma gente siempre, llegó á Cuba, donde buscaba Imperios, y únicamente halló tribus; oro, y algo más que oro encontró, pues de allí, principalmente, salieron las patatas, y el tomate, y el maíz, y el tabaco. ¡Cuán sencillo al contar como iban de un punto á otro los cubanos chupando las hojas secas de esta última planta y despidiendo un humillo que trascendía muy lejos! ¡Cuál encantadora la narración de aquel indio que, habiendo cambiado un pedazo de metal precioso por varios cascabeles, echó á correr gozosísimo de su negocio, volviendo á cada paso la cabeza, en su temor infantil de que pudiera el español arrepentirse de su descuido, y deshiciese tal trato, rescatando las baratijas de su civilización y devolviéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla, comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosísima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algún ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados; y así tomaban por divinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración, cuanto que, al oír el estampido para ellos horrísono de sus cañones, y ver el fogonazo, y experimentar los destrozos causados por los tiros, creyeronlos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebros de relámpagos tonantes como los

espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, según Colón, y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados, como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlos consigo al cielo, de donde no podían menos que provenir tan excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el P. Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como las creían ellos, y tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen. Pero no hay que ceder á las entusiastas apologías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma edénico exhalado por el mundo recién inventado en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma de paraíso que por todas partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado, y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario, resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos prehistóricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las sociedades y con los albores de todas las religiones en el nacimiento y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: he ahí cuanto hallara el gran descubridor en las primeras islas encontradas al rayar en el tiempo los albores de sus descubrimientos.

Pero me observarán los americanos hispanóforos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las

Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura, que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por doquier en los dos continentes, y con especialidad en la parte de los dos continentes, civilizada por los sendos, colosales imperios aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos, y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos colosales de maravillosos edificios americanos, inventados por los arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vegetación de los trópicos, algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zona geológica, donde nacieron y procrearon las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta. Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores, y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehistórica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Eufrates y del Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras. Palenque, Uxal, Copán, Tiguano y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas, confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Díaz, Cortés y tantos otros nos refieren de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas